



Veduta della Piazza del Popolo

senequismo como doctrina es vulnerable; pero como saber disuelto en la sangre nos gusta. Cuando es un modo de dar o de tenerse sobre el caballo, nos desarma de prejuicios, que en usted se crispan más que en nosotros. Ese apellido «Montes» le allega a usted claridades del Sur. Muy de finisterre es usted, y en su paisaje de infancia hay sobre fondos de bruma una tierra de granito con humilladeros y encinas. Cuando usted nació ya se había muerto el vizconde de Villemarque, que estudió el armoricano y tradujo de este idioma de los bretones, primos de los galaicos, baladas y cuentos. No es usted menos celta que Le Goffic o que Anatole Le Braz; pero en su casta ha prendido amorosamente un injerto andaluz de la familia hispanorromana. Siempre ha sido Roma para nosotros anagrama de amor, como lo fué para aquel ingenio que ordenó con número y cadencia catorce voces que, leídas al revés, dicen lo que leídas normalmente. Leerlas es tocar talismanes, y releerlas, besarlos.

*Signa te signa temere me tangis et angis
Roma tibi subito motibus ibit amor.*

Pero aunque fuese usted gallego por los 32 costados no igualaría en su trato a Vico el de Nápoles y a Sánchez el de Túy.

Cree Vico en la regularidad de la Historia, en la que descubre leyes válidas por igual para todos los pueblos. Enuncia una teoría de los ciclos que las sociedades cumplen dentro de un orden providencial que es uno y el mismo en la sucesión de los tiempos. Henos, Montes, ante un piélago de luz que anegará al que no lo surque denodadamente con su nave. Sin admitir el eterno retorno, se ata el devenir a trayectorias que el pasado ha seguido varias veces. Se trata aquí de una gravitación moral que configura el curso de los acontecimientos, que han de ser necesariamente como ya han sido. Vemos, pues, que en los anales de Grecia, de Roma o de Bizancio, los ciclos que Vico estudia se repiten con identidad perfecta. En su segunda «Scienza Nuova», el napolitano llega hasta a sostener que nos debemos a la historia ideal de las leyes eternas con arreglo a las cuales transcurren los hechos de todas las naciones en sus orígenes, progresos, estados, decadencias y fines, aun en el caso (ciertamente falso) de que desde la eternidad naciesen de tiempo en tiempo mundos infinitos. Usted, Eugenio, nos dirá que Juan Bautista prescinde de las personalidades que imprimen carácter a todo un país, cuando no a toda una época. Procede así el filósofo por hastío de las glorificaciones de monarcas y de grandes capitanes,